

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR
Homilía del P. Ignasi M. Fossas, prior de Montserrat
6 de enero de 2018
Is 60, 1-6; Salmo 71 (R. : 11); Ef 3, 2-3a.5-6; Mt 2, 1-12

Vuestro nacimiento, Cristo Dios nuestro, ha hecho surgir para el mundo la luz del conocimiento; gracias a este conocimiento, los adoradores de los astros han sido guiados por una estrella a fin de adoraros a Vos, sol de justicia, y conoceros a Vos, Oriente que viene del cielo. Gloria a Vos Señor. Con esta oración de las vísperas de Navidad, la liturgia bizantina glosa y contempla el misterio que celebramos hoy: la manifestación del Señor Jesús a los gentiles, en la persona de los magos venidos de Oriente, y la respuesta de estos presentándole su homenaje, con oro, incienso y mirra.

Se cumplía así la profecía de Isaías, que hemos oído en la primera lectura: *a ti llegan las riquezas de los pueblos. ... Todos los de Saba llegan trayendo oro e incienso, y proclaman las alabanzas del Señor*, y también se cumplía lo que hemos oído en el salmo responsorial: *Los reyes de Saba y de Arabia le ofrezcan sus dones; póstranse ante él todos los reyes, y sírvanles todos los pueblos. El Dios de Israel es el Dios Único que salva a todos los pueblos. Su designio de redención no va dirigido exclusivamente al pueblo judío, sino que a partir de los hijos de Abraham, como de una semilla potente, llega a todos los hombres y mujeres, a la humanidad entera. Es el secreto revelado por Dios que San Pablo comunica a los Efesios: también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Evangelio.*

Jesús de Nazaret, el Cristo, el Verbo de Dios hecho hombre, es *luz del conocimiento*, el mismo que dijo a sus discípulos: *Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida* (Jn 8, 12). Reconocemos en Jesús al Verbo, el que tiene en él la Vida, la Vida que es Luz de los hombres. La luz que brilla en la oscuridad, pero la oscuridad no ha podido ahogarla (cf. Jn 1, 4-5). A partir de esta confesión de fe, la rica simbología de la luz toma para los cristianos un significado especial. Podríamos decir que nosotros sabemos por qué, durante estas fiestas de Navidad, las calles se engalanan de luces, los árboles y las casas se llenan de luces de todos colores, y hasta en el interior de los hogares se añade un plus de luz en ciertos lugares especiales. La luz es, para los discípulos de Cristo, signo del Resucitado, recuerdo de la persona de Aquel que, siendo Hijo de María es a la vez Hijo de Dios, y por lo tanto nos abre al conocimiento y al amor del Padre y del Espíritu Santo.

También aquí la analogía con la creación nos ayuda a acercarnos al misterio de Cristo. Así como Dios, que al principio creó el cielo y la tierra, con el sol y la luna y las estrellas del firmamento, hace salir el sol sobre todos, sobre buenos y malos, (Mt 5, 45), de la misma manera, Dios envió a su Hijo Jesucristo para salvar a la humanidad de todos los tiempos, primero al pueblo de Israel, como signo y semilla de redención, a fin de asegurar el realismo de la encarnación del Verbo, y luego a todos. La presencia de los magos procedentes de Oriente, de una tierra y de una cultura extrañas a la de Israel, y que en otro tiempo había sido incluso hostil, quiere expresar esta dimensión universal de la salvación. Nadie está excluido de la luz de Cristo, como nadie lo está de la luz del sol, a no ser que otros hombres se la priven o que uno mismo la rechace voluntariamente. *Álzate radiante, Jerusalén, que llega tu luz, sobre ti amanece la gloria del Señor.* Nosotros somos la nueva Jerusalén. Dejemos que la luz de Cristo nos ilumine, nos dé su conocimiento y su fuerza; dejemos que caliente y encienda nuestro corazón con el fuego del amor. Repitamos la oración de ayer en vísperas: *Señor, que nos ilumine la luz de su divinidad; haz que, guiados por ella a través de la oscuridad de este mundo, podamos llegar a la claridad de la patria eterna. Amén.*